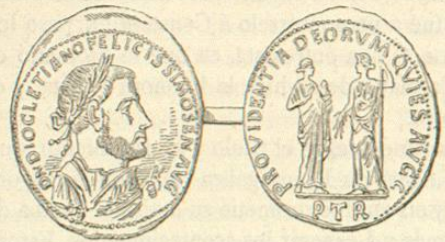


El César de Egipto y de Siria, Maximino, se irritó en gran manera viendo que le pasaba delante un hombre que no era César, ni estaba siquiera emparentado con la familia imperial, y á principios de 308 se hizo proclamar Augusto por sus tropas, á pesar de la viva oposición de Galerio, que obligado á dejar este título á su sobrino, no pudo negárselo á Constantino.



Moneda de Diocleciano acuñada después de su abdicación.

Hubo entonces cuatro Augustos legalmente reconocidos en todo el imperio; el quinto, Majencio, lo era sólo de Italia, y el sexto, Maximiano, paseaba su púrpura y su inquietud por aquí y por allá, sin tesoro, sin ejército ni provincias. Para adquirir todo lo que le faltaba, conspiró contra su yerno, hizo correr la noticia de su muerte en una expedición contra los francos, y apoderándose del tesoro del ejército, que había quedado en Arles, sublevó las tropas de la Narbonense.

A esta nueva, acudió Constantino apresuradamente, presentóse á sus soldados, que vuelven á él, y Maximiano, refugiado en Marsella, le es entregado (308). Privado de los honores imperiales é impaciente en una existencia modesta, hubo de vivir algún tiempo al lado de su yerno. ¿Dejó entrever un sordo enojo de que Constantino se libró con una ejecución, ó hay que aceptar la trágica historia que refiere Lactancio, á quien al parecer nada se ocultaba, que veía en las sombras y oía las palabras susurradas al oído de los príncipes?

He aquí esa narración: Maximiano trama nuevas maquinaciones: en una secreta entrevista con su hija, procura con ruegos y halagos arrastrarla á hacer traición á su esposo, prometiéndole otro más digno de ella, y sólo le exige que deje abierta la puerta de la cámara en que duerme el emperador después de retirados los guardias.

Fausta se lo refiere todo á Constantino, el cual adivina un proyecto de asesinato, y para sorprender al culpable en el hecho, ordena que un eunuco vaya á dormir al lecho imperial. A eso de media noche, se levanta Maximiano y se desliza en las sombras. Todo parece propicio á su designio. Los guardias son pocos ó apostados muy lejos, y cuando encuentra alguno manos á boca, pretexto que acaba de

(Hist. eccl. VIII, 17), da la segunda jerarquía á Constantino, sin que en él se nombren á Maximino ni á Majencio: esta parte del texto está pues arreglada para atribuir la preeminencia á Constantino sobre Licinio. Lactancio pretende que el senado dió en 312 el primer lugar á Constantino. Es posible que, después de su primera victoria sobre Majencio, hiciera redactar Constantino un senadoconsulto en este sentido. Por sí mismo, el senado no podía hacer ni hacer nada; pero era fácil á un victorioso poner momentáneamente esta vieja máquina otra vez en movimiento, y en la transcripción del edicto de 311 habría seguido Eusebio el orden más favorable á su héroe. En cuanto á la pretensión de Maximino y Majencio, Tillemont (Hist. de los emp. t. IV, p. 116) supone una omisión de los copistas. Es más probable que reproduciendo el edicto de tolerancia, que Lactancio declara hecho en nombre de todos los príncipes, *communi titulo*, no hubiera querido Eusebio incluir el nombre del príncipe que seis meses después lo violaba ni el del vencedor del puente Milvio. Los documentos oficiales no eran entonces escrupulosamente transcritos.

tener en sueños una revelación importante que ha de comunicar á su hijo y pasa adelante. Entra en la cámara imperial, da de puñaladas al eunuco, y muy glorioso de su crimen, *gloriabundus*, sale gritando: «¡El emperador ha muerto!»

Pero en esto aparece Constantino con gente armada, y muestra el cadáver y al asesino, que se queda mudo y confundido. Dale la elección de la muerte y el viejo emperador acaba al extremo de una cuerda.

.....*Noñum infornis leti trabe nectit ab alta.*

El espíritu inquieto y la engañada ambición de Maximiano lo habían lanzado á intrigas que atestiguan el doble complot en Roma contra su hijo y en Arles contra su yerno. Pero la historia de sus últimos momentos es tan extraña, que se creería sacada de un cuento árabe. No estaremos lejos de la verdad creyendo que esta narración se hizo para velar lo odioso del asesinato de un anciano, que abandonado de todos, no era ya de temer, y cuyos años y largos servicios hubiera debido respetar el esposo de su hija (1).

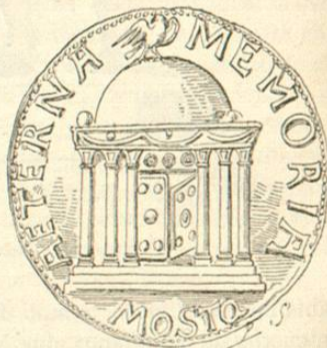
Nadie ha inmolado nunca á su sucesor, y lo mismo sucede con las instituciones que con los hombres: las que están en el sentido del porvenir acaban con las que están en el sentido del pasado: Jesús era el heredero necesario del Júpiter romano. No habiendo podido Galerio matarlo, se confesó vencido haciendo cesar la persecución, que siempre mala, era además inútil, si no era general. Ahora bien, Constancio y su hijo la habían prohibido en las Galias; Majencio no la continuaba en las provincias de Italia y de Africa; únicamente Maximino autorizaba aun en Siria y en Egipto ejecuciones de cristianos.

El 30 de abril de 311 promulgó Galerio un edicto en que decía estas notables palabras:

«Por el bien común de nuestros súbditos y para la conservación de nuestro imperio hubimos de restablecer la disciplina de nuestros mayores. Queríamos atraer á mejores sentimientos á los cristianos, que habían tenido la temeridad y el orgullo de oponerse á las prácticas establecidas... Han estado expuestos á grandes peligros y muchos perecieron. Mas puesto que persisten en su locura, nuestra benevolencia con todos nuestros súbditos nos lleva á permitirles que celebren sus asambleas ordinarias. Esta indulgencia los obligará á rogar á su Dios por nosotros.»

Era el fin de la era de los mártires. Pero la bestia feroz que la humanidad lleva en su seno no murió con los dioses

(1) Eusebio en su *Vida de Constantino* evita recordar este asesinato, y en su *Historia eclesiástica* se limita á decir que, según una profecía, Maximiano se estranguló. Eumenes (Pan. vet. VII, 20) habla también de un suicidio. Tal era la versión oficial... *nec se álgnum vita iudicavit, cum per te liceret ut viveret*. Aur. Víctor (Caes. 40) dice: *iure interierat*, y el autor del *Eplome* (40), que Constantino lo mandó estrangular, *fractis laqueo cervicibus*. Mientras Majencio vivió, tuvo interés Constantino en hacer creer el suicidio de Maximiano, lo que permitió la apoteosis de este triste personaje, á quien una inscripción (*Bull. epigr. de la Gaule*, t. I, p. 108) y algunas monedas (Eckhel, VIII, 27) dan el título de *divus*. Después de la batalla del puente Milvio, mandó derribar sus monumentos y borrar su nombre de las columnas miliarias. El *Eplome* no le da más que 60 años.



Tumba de Maximiano en una moneda de Majencio

que se defendieron tan cruelmente: los perseguidos de ayer serán un día los perseguidores, y los odios religiosos derramarán mil veces más sangre que la que hasta entonces se había derramado.

Un mes más tarde, atacado Galerio de una enfermedad horrible, que Lactancio y Eusebio describen con fruición, murió en Nicomedia antes de haber llegado á su vigésimo año de imperio, que fiel á la constitución de Diocleciano quería señalar con su abdicación.

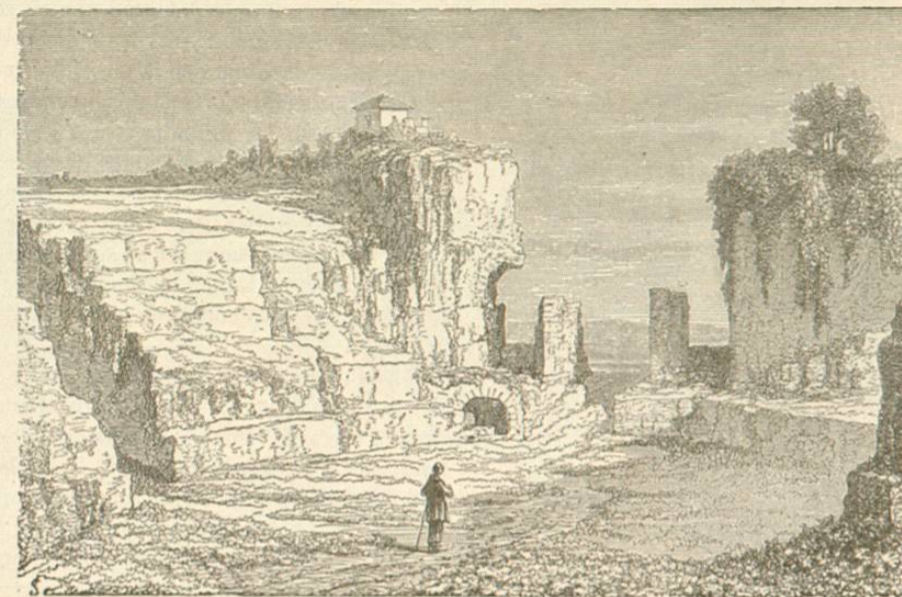
## II. — DERROTA Y MUERTE DE MAJENCIO Y DE MAXIMINO (311-313)

Dos emperadores han desaparecido pues de la escena: quedan cuatro, pero no es ya la tetrarquía de Diocleciano,

pues todos llevan el título de Augustos y no hay entre ellos ninguna subordinación. El imperio está desmembrado en cuatro reinos enemigos, en cinco, más exactamente, como quiera que el vicario de la diócesis de Africa, Alejandro, ha sido proclamado también Augusto por la soldadesca y reconocido por las ciudades de esta diócesis que no habían querido recibir las imágenes de Majencio (308). Como los bárbaros no han vuelto aún del saludable espanto que les causara Diocleciano, los nuevos príncipes pueden volver sus fuerzas contra sí mismos, y por espacio de doce años, la guerra civil va á ensangrentar las provincias.



El usurpador Alejandro (Moneda de bronce).



Ruinas del anfiteatro de Tréveris.

Al principio estuvo á punto de estallar entre Licinio y Maximino Daza con motivo de la sucesión de Galerio. Pero un convenio aceptado por el primero dejó al segundo toda el Asia: el Bósforo separó los dos imperios. Pero muy luego, la guerra evitada en Oriente, estalló en el Occidente.

Fatigada de la paz la juventud franca se había arrojado sobre la Galia. Constantino batió fácilmente á estos aventureros, y arrojó á las fieras en el anfiteatro de Tréveris sus prisioneros, con sus dos reyes, Astarico y Gaiso.

Esta ejecución suscitó la formación de una liga de numerosas tribus francas y alamanas; pero un impetuoso ataque de los romanos rompió este frágil vínculo. Todos los cantones de los bructeros fueron entregados á la devastación, quemados sus villajos, cogidos sus ganados, vendidos ó arrojados á las fieras sus cautivos; crueldades que no parecen propias de un neófito, el cual por este camino, menos se acercaba á la Iglesia que á los juegos *Fráncicos*, juegos enteramente paganos que instituyó Constantino en memoria de tales triunfos y que se celebraron por mucho tiempo. Reorganizada la flotilla del Rin y construido sobre el mismo río un puente fijo, Constantino hacía entender á los bárbaros que estaba resuelto á tener siempre entrada libre entre ellos.

En el interior de las provincias su administración era hábil y benéfica: los cristianos no eran molestados, y en 310 hubo de festejar dignamente sus *quinquenalias*, condonan-

do á los pueblos de su gobierno los atrasos, *reiqua*, debidos por razón de impuestos desde su advenimiento. Eumenes le había dicho: «Las tierras no rinden ya lo que cuestan, y sus cultivadores cansados de trabajar en vano, tienen que abandonarlas.» A instancias del orador eduo, redujo de 32.000 á 25.000 las unidades impondibles en el territorio de Autun, *capita*, lo que equivalía á una rebaja de casi la cuarta parte de la contribución territorial. Lo mismo debió de hacer en otras ciudades, porque el éxito que había tenido la solicitud de Eumenes, excitó sin duda el estro de los retóricos hechos en las *escuelas Menianas* (1).

En Tréveris levantó las murallas, construyó un circo, basílicas, un foro, un pretorio; liberalidades que halagaban al pueblo y le proporcionaban trabajo, pero que hubieron de completarse con otras generosidades financieras.

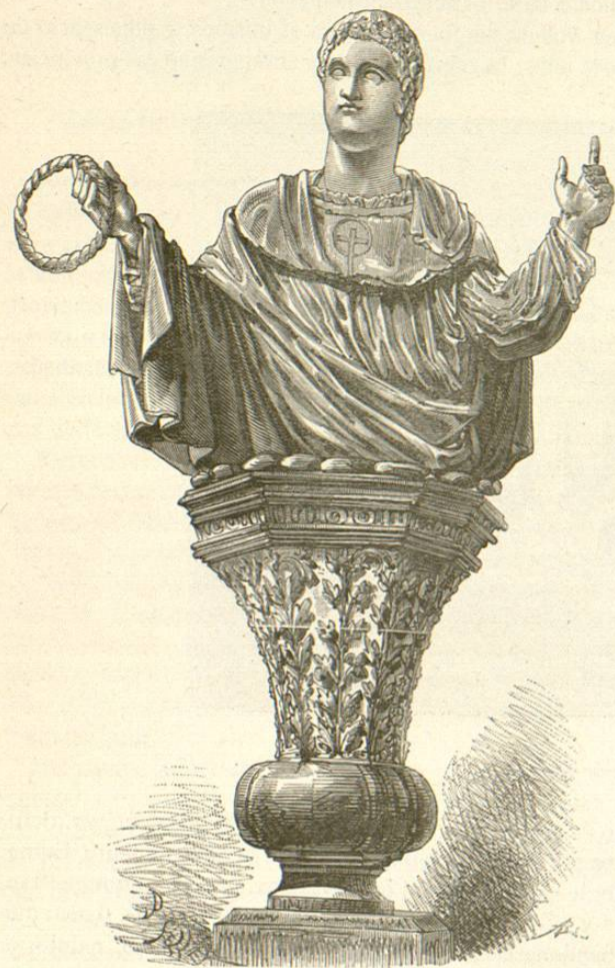
En Italia, al contrario, Majencio parece haber recordado á los tiranos de los peores tiempos. El vencido de Constantino es acusado por los cortesanos del vencedor de ser víctima de todos los vicios: libertinaje, violencia, crueldad; y no tenemos motivos para no creerlos, puesto que paganos como Zósimo, Eutropio y Víctor lo condenan igualmente, y Juliano lo excluye del banquete de los Césares. Reprimió duramente la rebelión de la diócesis de Africa: Alejandro fué estrangulado (311); Cartago y Ciria fueron entradas á saco, ejecutados muchos ciudadanos y en mayor

(1) Nombre de las escuelas de Autun dirigidas por Eumenes.

número privados de sus bienes, y todo el país entregado al pillaje. En Roma, la orgía; nobles matronas deshonradas; los senadores puestos á contribución (1) y algunos conde- nados á muerte como reos de lesa majestad para tener ocasión de confiscar sus bienes; pero á los soldados se les permitía toda licencia hasta dejarlos un día atropellar al pueblo (2).

Con esto, llegaron muy luego de Italia secretas solici- taciones á Constantino, que también, por su parte, tenía agr- avios personales que vengar (3).

Después del asesinato de Maximiano, Majencio había afectado mucho celo por la memoria de su padre: había



Constantino (Busto de ágata)

derrribado las estatuas de Constantino y hecho alianza con el Augusto de Egipto, lo que obligó al de las Galias á acer- carse más á Licinio prometiéndole la mano de su hermana Constancia. En fin, Majencio hacía grandes preparativos de guerra reuniendo un poderoso ejército con el deseo de

(1) Aur. Víctor (*Ces.* 40) parece atribuir á Majencio el estable- cimiento del *foliis senatorius*, impuesto para los senadores, aparte de su contribución territorial, que Constantino regularizó. Siendo el príncipe senador, pagó también su *foliis senatorius*. Era una ridícula afectación de igualdad senatorial; pero en el fondo, no pagaba nada, puesto que lo que daba por el *foliis* ingresaba en su fisco.

(2) Eusebio, *Hist. eccl.* VIII, 14; *Pan. vet.* IX, 4 y 14... *ut praetorianis eadem vulgi quondam annuerit* (A. Víctor, *Ces.* 40). Según Zósimo (II, 13) mientras ardía el templo de la Fortuna, el populacho mató á un soldado que se burlaba de la diosa, y entonces sus camara- das cayeron sobre los ciudadanos matando gran número de ellos, y hu- bieran destruido la ciudad, sin la intervención de Majencio que con- tuvo su furor.

(3) Eusebio felicita á Constantino por haber provocado esta gue- rra (*Vida de Constantino*, I, 26), y Eutropio da á entender que la buscó: *bellum civile commovit* (X, 4).

someter la Galia y la Iliria. Se le calculan unos 200.000 hombres, y á Constantino le mitad (4). Nos parecen exa- gerados estos guarismos: los ejércitos romanos no eran or- dinariamente tan numerosos.

Después de haber provisto á la defensa del Rin y de Bre- taña, pasó Constantino el monte Cenís con 25.000 hom- bres de tropas aguerridas y auxiliares bárbaros. Este ejér- cito tenía algunos cristianos que adivinaban un protector en el hijo de Constancio y muchos paganos, cuya única religión era la victoria: un caudillo hasta entonces afortu- nado podía contar con la fidelidad y abnegación de todos. Constantino les había dado el botín que se llama de la gloria y á veces tenía para ellos viriles palabras que iban al corazón de los belicosos. Suya es aquella disposición le- gislativa que permite al soldado moribundo en una expedi- ción hacer su testamento «como quiera y como pueda, escribiendo su última voluntad con su sangre, *litteris san- guine suo rutilantibus*, en su escudo ó en la vaina de su espada, ó en la arena con la punta de su espada (5).»

Los oficiales no tenían la misma confianza que el caudi- llo: esta guerra les infundía temor y no sin motivo, pues recordaban las dos expediciones desgraciadas de Severo y Galerio y no podían olvidar que las respuestas de los arús- pices eran contrarias. Pero Constantino esperaba conducir mejor su empresa, confiaba en sus soldados, y las intelligen- cias que tenía en Italia le prometían, por parte de las po- blaciones, una asistencia que había faltado á los precitados príncipes.

Susa fué tomada á un rápido golpe de mano; una carga de caballería le valió las plazas de Turín y Milán, y otra acción, cerca de Brescia, acabó de darle toda la llanura lombarda. La segunda puerta de Italia, la que abría el ca- mino de Iliria por los Alpes Julianos, estaba mejor guarda- da: Majencio había temido un ataque de Licinio, y juzgán- dolo más impetuoso que el de Constantino, había enviado tropas á Venecia al mando de su prefecto del pretorio, el bravo Pompeyano, que tomó posesión de Verona. El Adi- ge, río profundo y rápido, defendía esta plaza; pero Constantino sorprendió el paso y envolvió la ciudad. Antes de que se le cerraran todas las salidas pudo evadirse el pre- fecto, reunió las fuerzas dispersas en la provincia y volvió á dar la batalla, en la que fué vencido y muerto: con esto, Ve- rona, Aquilea y Módena abrieron sus puertas al vencedor.

Al cabo de algunos días, no quedaba ya un enemigo en el valle del Po, y desde allí podía Constantino tender la mano á Licinio ó llamarlo en su ayuda. Confiado por el éxito su ejército, descansado y bien mantenido en aquellas feraces provincias, estaba dispuesto á seguirlo á todas par- tes. Con rara sagacidad militar, no había cedido á la tenta- ción de correr directamente á Roma, cuando tuvo franquea- do el camino, sino que buscó en el Norte de la península una sólida base de operaciones, como hará quince siglos después Bonaparte, cuando vaya de Montenegro á Verona, escribiendo al Directorio que Italia debe conquistarse en el valle del Po y del Adige.

(4) Zósimo, II, 15. El autor del noveno panegírico (§ 3) que para cumplir bien su oficio debió presentar formidable el ejército ita- liano y poco numeroso el de las Galias, da á Majencio *centum millia hominum*, y á Constantino, *vis quarta parte*. «Tenía, añade, menos soldados que Alejandro condujo contra los persas» (*Ibid.* 5). El ejér- cito de Alejandro constaba de 30.000 hombres de á pie y 4.500 de á caballo.

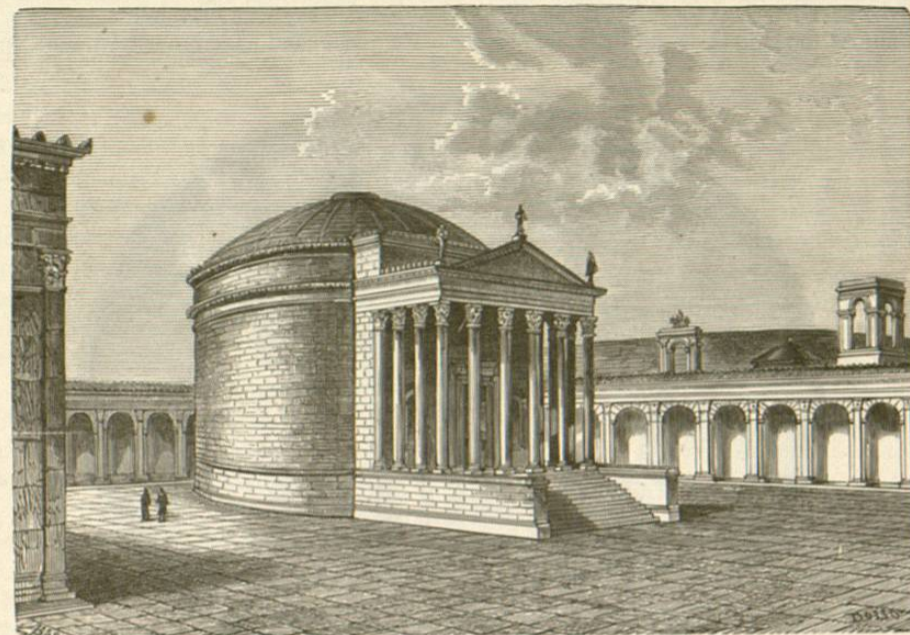
(5) *Cláudio* VI, 21, 15, anno 334. Las palabras son de Constanti- no, pero el derecho de testar así fué establecido por los antiguos prin- cipes, porque el texto viene precedido de estas palabras: *sicut juris ra- tionibus licuit*.

Durante esta victoriosa marcha, Majencio se estaba en Roma consultando los libros sibílinos que le contestaban con la prudencia habitual de los oráculos que el enemigo de Roma perecería infaliblemente. Engañado por el mal éxito de las dos invasiones anteriores, esperaba que el cam- po romano sería la fosa del ejército galo, como lo había sido del ejército ilirio, y que sus tropas, protegidas por el Tíber, apoyadas en el muro de Aureliano y mantenidas y aun regaladas por las más ricas provincias, recibirían el choque en una posición inexpugnable. Pero él mismo tor- ció estas ventajas contra sus propias fuerzas saliendo al en- cuentro de su enemigo.

En efecto, corrió un puente de barcas por la parte del puente Milvio, y fué á ofrecer la batalla, dejando el Tíber

á la espalda y para retirada dos estrechas salidas. Cuando una briosa carga de la caballería gálica hubo introducido el espanto en aquellas improvisadas legiones, se produjo el más espantoso desorden: todos corrieron á la desbandada á los puentes y allí se aplastaron unos á otros. El de pie- dra no tenía más anchura que una calzada romana, y el de madera se hundió con todos los que lo cargaban, y entre ellos el mismo Majencio, á quien el peso de sus propias armas ó la violencia y presión de los soldados que se aho- gaban arrastraron al fondo del río (28 octubre 312).

Las palabras ordinarias no bastan á Eusebio para referir el triunfo de Constantino; necesita la ardiente frase de Moisés contra el Faraón de Egipto: «Enviaste tu soplo, Se- ñor, y el mar se extendió sobre él; como el plomo se hun-



Tumba del hijo mayor de Majencio en la vía Apiana (Restauración de Canina)

dió en las rápidas aguas; y las mujeres de Israel cantaban danzando: ¡Celebrad al Eterno! porque ha precipitado en el mar al caballo y al caballero!»

El vencedor hizo en Roma una entrada triunfal: detrás de su carro llevaban en guisa de trofeo la lívida cabeza de Majencio, la cual fué enviada al Africa, después de la ce- remonia, para que la vieran las poblaciones.

En la batalla, solamente los pretorianos habían comba- tido con denuedo, como quiera que defendían su propia causa. Constantino disolvió esta seditiosa guardia, desman- teló su cuartel, que era una fortaleza, y repartió los sobre- vivientes entre las legiones del Rin. Los amigos, los con- sejeros de Majencio y el hijo que le quedaba (1) fueron inmolados. Pero hombre de gobierno, Constantino no per- mitió que continuara la guerra civil, después de estas eje- cuciones, ni que los particulares tuvieran sus víctimas, como él las había tenido. Por una ley se prohibieron las delaciones, tan prontas siempre en producirse después de un cambio de régimen para hacer pasar á manos de los hombres nuevos los bienes y honores que poseían los ven- cidos.

(1) Zósimo, II, 17, y *Pan. vet.* X, 6... *scelestos persequeris. Con- stituta enim et in perpetuum Roma fundata est, omnibus qui statum ejus labefactare poterant, cum stirpe deletis*. El hijo mayor de Majen- cio, Rómulo, á quien había nombrado César y hecho dos veces cón- sul, murió antes que él (Eckhel, t. VIII, p. 59, y la inscripción: *Di- vo Romulo, nobilissimo viro, bis consuli*).

En cuanto al pueblo, le dió los juegos y liberalidades que terminaban siempre las tragedias romanas; en el sena- do habló modestamente de sus servicios, prometió á los Padres conscriptos escuchar con deferencia sus consejos y devolverles todas sus prerrogativas. Estas estaban ya per- didas para siempre; pero lisonjeada la vieja asamblea con esta promesa, hizo uso de su antiguo derecho, un momen- to hallado, para asignar á Constantino el primer lugar entre los Augustos, votarle un arco triunfal que se adornó con despojos de otro arco de Trajano é inscribir su nombre en un templo y una basílica que Majencio había edifi- cado.

Constantino llamó á la curia gran número de provincia- les, y creó ó regularizó el *foliis senatorius*, impuesto perso- nal y real á la vez, puesto que los senadores pagaban por su dignidad y por sus bienes raíces. Esta doble medida debía desagradarles, pero en el fondo, no estaba Constantino más dispuesto que Diocleciano á solicitar el favor de estos antiguos señores del imperio.

En los servicios administrativos no hubo reacción: casi todos los funcionarios de Majencio continuaron en sus puestos; hasta su prefecto del pretorio recibió el gobierno más importante del imperio occidental, el de Africa, con la misión de borrar las huellas de la guerra civil. Cirta, le vantada de sus ruinas, tomó del vencedor el nombre que aun conserva, Constantina. Todo emperador debía á Roma un monumento: Constantino hizo reparar á sus expensas

el *Aqua Virgo*, y sin duda comenzar en el Quirinal las termas que llevaron su nombre.

No permaneció más que dos meses en esta ciudad, de donde pasó á Milán: allí encontró á Licinio y allí hubiera querido hacer ir á Diocleciano; en Milán también promulgó aquel famoso edicto, de que hablaremos después. Para claridad de la narración, mejor es seguir los acontecimientos políticos hasta el momento en que se restablezca la unidad del imperio. Entonces estaremos más desembarazados para estudiar, en sus fases sucesivas, la gran revolución que ha de consumarse bajo la dirección del hombre, único dueño ya del mundo romano.

De año en año había disminuído el número de los emperadores: ya habían desaparecido Maximiano, Galerio, Majencio y Diocleciano. Quedaban tres: Constantino, Licinio y Maximino Daza. Este, pagano convencido, como su tío Galerio, y siempre rodeado de sacerdotes, magos y

charlatanes, que se decían profetas, había continuado la persecución de los cristianos, aunque de una manera intermitente. Combatía la Iglesia de dos maneras: por condenaciones (1) y procurando dar al paganismo por medio de una organización calcada sobre la de los cristianos la disciplina que le había faltado siempre. En todas las ciudades fortaleció la autoridad del sacerdote establecido para velar por el culto, y en todas las provincias la del supremo pontífice, que tenía bajo su jurisdicción todo el cuerpo sacerdotal de su distrito. A fin de asegurar á estos pontífices una grande autoridad, los elegía entre los personajes más distinguidos y hacía de ellos casi los iguales de los gobernadores de provincia. Sus contiendas con Licinio, que tuvo que cederle el Asia Menor hasta el Bósforo, y las relaciones que había sostenido con Majencio, lo enemistaron con los dos Augustos de Occidente.

En 313, cuando Licinio estaba aún con su colega Cons-



El triunfo de Licinio (Camafeo del gabinete de Francia)

tantino en Milán, creyó la ocasión propicia para sorprender á su adversario con una invasión inesperada. Un numeroso ejército reunido secretamente detrás del Tauro atravesó rápidamente la península asiática y pasó los estrechos: en algunos días tomó la plaza fuerte de Bizancio, luego la de Heraclea y penetró hasta las cercanías de Andrinópolis.

Licinio lo esperaba allí: sus tropas eran inferiores en número, pero el viejo y hábil general las había sacado de las guarniciones del Danubio, donde la vecindad de los bárbaros mantenía la disciplina y el valor, y fácilmente dió buena cuenta de las legiones sirias, sin que fueran necesarios los milagros referidos por Lactancio (1.º mayo 313).

Vencido Maximino huyó hasta Tarso en Cilicia,

(1) Favorecía en las ciudades los tumultos contra los cristianos demasiado celosos, y los condenaba á las minas, después de haberles arrancado un ojo y quemado el jarrete. Véase la contestación de Maximino á la solicitud de los habitantes de Tiro pidiéndole que expulsara de su ciudad á los cristianos (Eusebio, *Hist. eccl.* IX, 7). Eusebio habla de ejecuciones de muerte; Lactancio (*de Morte pers.* 36) sólo hace mención de mutilaciones: *... occidit servos Dei vetuit, debilitari jussit. Itaque confessoribus effodiebantur oculi, amputabantur manus, pedes detrucebantur, nares vel auriculae desecabantur.* Pero estas mutilaciones pudieron arrastrar la muerte de los pacientes. Se pintan sus costumbres con los mismos colores que las de Galerio y Majencio, como se pintarán también las de Licinio, á pesar de su

donde murió (2). Su mujer fué arrojada al Oronte; sus hijos, un niño de ocho años y una niña de siete, y sus principales oficiales fueron degollados. El vencedor, de quien se había hecho el protegido de los ángeles, no era más clemente que lo fué en Roma el cuñado de Majencio después de la aparición de la milagrosa cruz.

Algunos meses después mató á un hijo de Galerio, á la mujer y á la hija de Diocleciano y al joven Severiano, que pagó con una muerte prematura el triste honor que había tenido su padre de llevar menos de dos años la púrpura imperial. Al mismo tiempo, Constantino, á consecuencia de algunos triunfos sobre los francos, enviaba también sus prisioneros de guerra á las fieras del anfiteatro para divertir el pueblo de Tréveris. A pesar de las celestiales visiones

edad, cuando venga á ser el adversario de Constantino. Lactancio (*Ibid.* 38) llega al punto de imputar á Licinio el abuso de haber prohibido casarse sin su permiso, *ut ipse in omnibus nuptiis praesentator esset.*

(2) La narración de su muerte se asemeja naturalmente en Lactancio á la de la muerte de Galerio. Uno y otro, los dos merecían acabar mal en castigo de su crueldad para con los cristianos; pero es preciso ser de juicio muy dócil para aceptar por históricas unas leyendas que á fuerza de repetirse ni siquiera tienen el interés dramático que se les había querido dar. Eusebio (*Hist. eccl.* IX, 8) menciona una guerra emprendida por Maximino contra la Armenia, pero de semejante empresa no sabemos nada.

y de los maravillosos sueños, estos hombres no tenían coherencia, y su fe, si la tenían, no ejercía ninguna influencia en su conducta. Las costumbres políticas volvían á ser atroces. En presencia de estos asesinatos el preceptor cristiano de un hijo de Constantino lanzaba un grito de alegría (1). La inspiración del dulce Maestro de Galilea cedía á la del implacable Jehovah de la ley mosaica.

### III. — MUERTE DE LICINIO. — CONSTANTINO ÚNICO EMPERADOR

El imperio no tenía ya más que dos señores: había uno de más. La guerra, en efecto, estalló muy pronto entre los dos ambiciosos. Con pretexto de una conspiración, verdadera ó falsa, formada contra él por su cuñado Basiano, Constantino le dió muerte y después reclamó de Licinio la extradición de un hermano del supuesto conspirador, Senecio, que era pariente del Augusto de las provincias orientales (2). En realidad, lo que quería era una parte de los despojos de Maximino Daza. Licinio se negó á ello: era de esperar. Este emperador era un bravo soldado y un hábil capitán; amigo de los pequeños, dice un antiguo, sin que sepamos qué hiciera por ellos, y enemigo de los cortesanos y eunucos, á quienes llamaba ratones del palacio; en fin, buen administrador de las rentas del Estado, por lo cual le perdonaríamos el desdén con que miraba á los abogados, peste pública, que él decía, si no hubiera sido cruel, como todos los que tenían entonces el poder de matar.

Sin declaración de guerra, Constantino pasó los Alpes con 20.000 hombres y el 8 de octubre de 314 se encontraron los ejércitos cerca de Cibales en Panonia, entre el Save y el Drave. La lucha fué larga y sangrienta, y Licinio se retiró medio vencido, pero conservando fuerzas considerables, que le permitieron dar segunda batalla en Tracia, en las llanuras de Mardia.

La victoria de Constantino fué todavía menos decisiva: estaba lejos de sus provincias, en medio de un país enemigo y en frente de un adversario, que se fortificaba retrocediendo, lejos de ceder á los dos golpes recibidos: decidióse pues á tratar. Licinio había nombrado César á Valente, uno de sus generales: era un nuevo pretendiente, á quien debía darse su parte. Constantino se negó á reconocerlo. Para simplificar las negociaciones, Licinio ordenó su muerte, y aceptó luego un tratado que no le dejaba en Europa más que la Tracia y las costas del Euxino, es decir, las puertas del Asia, ya su único dominio; pero conservaba en Oriente toda la herencia de Maximino.

Reconciliados los dos cuñados, convinieron en nombrar Césares á sus hijos. Constantino dió este título á Crispo que entraba ya en la edad del hombre y podía ser un auxiliar útil, mientras Liciniano, niño de veinte meses, debía ver morir á su viejo padre, según todas las probabilidades, antes de haber salido de la infancia (marzo 317).

Las condiciones no eran pues iguales entre los dos Augustos y para no cambiarlas había impedido Constantino que su colega tuviera en Valente un lugarteniente capaz de defenderlo.

(1) *Bestias malas delevit Dominus et erasit de terra. 'Celeberrimus igitur triumphum Dei cum exultatione (Lactancio, de Morte pers. 52-3).*

(2) Según el fragmento anónimo que Valois añadió á su edición de Amiano Marcelino, hubo de formarse un complot contra Constantino por Basiano, á quien había nombrado César, y por Licinio. Esta historia es muy oscura, y no creemos que teniendo Constantino un hijo de 14 ó 15 años, le hubiera preparado un rival dando á Basiano el título de César.

La inesperada fecundidad de Fausta aumentó la ambición de su esposo. En algunos años le dió tres hijos: Constantino, el joven, Constancio y Constante (3). Para estos nuevos vástagos se necesitaban herencias, y el padre meditó y dió por bueno ir á tomarlas un día á las provincias de su colega. Debíó pensar en esto desde muy temprano, porque desde el año 319 no se ven ya los nombres de Licinio y de su hijo en los fastos consulares. Dos años antes del rompimiento, los oradores oficiales no se atreven á hablar, en la corte de Occidente, del segundo Augusto, y una embajada persa recibida por Constantino da á pensar que, en previsión de esta lucha suprema, había buscado alianzas entre los enemigos naturales del emperador de Oriente. Procuró también ganar otros aliados con un edicto declamatorio, pero muy favorable á los deudores del fisco, edicto que dirigió á todas las ciudades de su obediencia, *ad populum*, y con una amnistía que abrió todas las prisiones y dió libertad á todos los presos, excepto, por de contado, los grandes criminales, como envenenadores, homicidas y adúlteros en cuyo favor nadie se interesaba. Estos edictos, muy luego conocidos más allá de sus fronteras, debieron de atraerle partidarios en las provincias de Licinio. Pero la humanidad que en ellos mostraba era de buena guerra.

Como se habían puesto á cargo de Majencio todos los agravios y sinrazones para salvar á Constantino de la inculpación de ambicioso, se acusó á Licinio de haber sido el autor de una guerra que estaba en su interés evitar. Venido ya dos veces, sin tener ya más que una tercera parte de las provincias y con las peores tropas del imperio, hubiera sido un temerario y hasta un loco provocando á su temible colega. Constantino que, al contrario, debía á una guerra afortunada Italia y Africa, y á otra la Iliria y la Grecia, tenía el ardiente deseo de restablecer en su provecho y en el de su dinastía, la unidad del imperio. Tuvo la habilidad, que más de una vez se encuentra en la historia, de echar sobre su adversario el vituperio del rompimiento y aparecer á los ojos del pueblo como el defensor de los oprimidos.

El Oriente tenía muchas iglesias. ¿Envié allá Constantino emisarios secretos? No tenía necesidad de ello para hacer que se convirtieran á él los ojos y las esperanzas de los cristianos. Sus miramientos para con los fieles y sus cartas á los obispos decían bastante claro dónde estaba su protector. ¿Provocó una activa propaganda en los Estados del Augusto oriental? Los escasos documentos de aquella época no permiten afirmarlo; pero no se irá más allá de las probabilidades legítimas dando por cierto que los obispos de Asia deseaban el triunfo del verdadero autor del edicto de Milán. Eusebio no lo disimula: «Licinio creía, dice, que en nuestras iglesias sólo rogábamos por Constantino, y en efecto, éramos amigos del máximo emperador, tan caro á Dios (4).» Estas palabras explican por qué expulsó Licinio de su corte á ciertos cristianos, por qué prohibió los sínodos episcopales, donde temía que la política se mezclara con la religión, y las asambleas de fieles demasiado numerosas en el interior de las ciudades. No prohibía estas reuniones, decía; las autorizaba fuera de puertas, en las llanuras, «donde el aire es más puro para las multitudes que en los espacios

(3) Constantino, el joven, fué nombrado César poco tiempo después de su nacimiento, para que Fausta tuviera un hijo igual en dignidad al hijo de Minervina (Zósimo II, 20).

(4) *Vida de Constantino*, I, 56; *Hist. eccl.* X, 8. Sin duda olvidó que algunos capítulos antes había celebrado los servicios prestados á la religión por Licinio, «religiosísimo príncipe, predicador de paz y de piedad»; y debió olvidar también que los cristianos decían que en la batalla de Andrinópolis este religiosísimo príncipe había recibido la asistencia del cielo.